

¿Adelantarse o esperar?

Cuando ves venir algo que va a afectar a uno de tus hijos ¿te adelantas y tomas iniciativas, avisas, actúas, remueves el obstáculo, gobiernas la situación de antemano? ¿O esperas? ¿Me resulta tan difícil, tantas veces, saber lo que debo hacer! ¿Tengo tanto miedo a esperar y, por otra parte, tengo tanto miedo a manipular y a gobernarlo todo yo, haciéndome indispensable! ¿Dónde está el justo medio?

(Laura: Cádiz)

El justo medio supongo que no tiene por qué ser siempre lo óptimo. Es un prejuicio muy arraigado, pero en muchas cosas el justo medio no es lo mejor: desde luego entre el amor y el odio lo

mejor nunca es el término medio.

Esperar: qué, por qué y para qué. Esperar es indispensable para que una cosecha madure. No se puede arrancar por no esperar. No esperar es desgraciarse. Y eso pasa en muchas situaciones de la educación: si no se espera a que el hijo viva el proceso, y empiece haciendo las cosas con aciertos y con desaciertos, nunca se va a garantizar su maduración personal. Adelantarse, acelerando el proceso artificialmente y desde fuera, es una gran equivocación.

Adelantarse a interpretar lo que están viviendo, adelantarse a hablar antes de que ellos hablen, a preguntar antes de que ellos puedan preguntar, a decirles lo que va a pasar antes de que ellos puedan experimentarlo como una experiencia de su propia vida, es un riesgo que, aunque no salga mal, suele impedir una experiencia mejor.

Adelantarse a juzgarles y a condenarles nunca jamás puede ser una buena actuación educativa. Porque los hijos nunca necesitan que se les juzgue. Pero mucho menos que

se les pre-juzgue con un juicio previo a su comunicación.

Adelantarse como quien previene. Prevenir y, al verlas venir, lograr que no vengan: pues en algunas circunstancias y con algunos hijos puede ser lo mejor y en otras circunstancias y con otros hijos puede ser lo equivocado. Prevenir y no dejar que venga la desgracia irreparable, por supuesto y con toda la eficacia posible. Pero adelantarse sobre-protegiendo, manipulando las circunstancias para que las vivan como nosotros queremos que las vivan, prevenir de tal manera que a los cinco años todavía un niño nunca se haya caído al jugar no merece una medalla a la educación sino traduce una concepción de la educación que está justificando las actuaciones desde los propios miedos y desde querer que a los hijos les baste nuestra propia experiencia sin permitirles que ellos vayan realizando la suya.

En lo irreversible, siempre adelantarse. En lo demás votar por la experiencia del hijo, no por la sustitución de la experiencia del hijo por la super-

Usted pregunta



Joaquín Mª García de Dios

protección de los padres. Nunca impidamos a los hijos que vivan precisamente aquellas experiencias que nos han permitido a nosotros adquirir esa confianza en nosotros mismos que nos dan seguridad y garantías para la experiencia y para el consejo.

Dichos que se dicen y que se oyen y no siempre son sabiduría popular

Supongo que no te extrañará que te digamos que en las comidillas de amigos (y la palabra comidilla significa las dos cosas) oímos continuamente citar dichos, como refranes, que se presentan como criterios de educación, y suenan a la última palabra sobre el asunto: dicho eso ya no hay por qué seguir argumentando. ¿Qué piensas tú de los "dichos apodícticos" como los llamamos nosotros?

(Andrea y Gonzalo: Valladolid).

Muchos de esos dichos, e incluso muchos de los refranes, ni son sabiduría popular, ni representan el sentir del pueblo, ni son sabiduría educativa. Y sí son un gran peligro porque educar con los criterios de los vecinos y encima emitidos desde la cátedra de la comidilla no son garantía de nada. Y no pocas veces sólo representan una justificación de lo que se está haciendo con

los propios hijos, no la búsqueda en libertad de lo que habría que hacer.

Hasta entre los refranes, mereciendo algunos de ellos nuestro respeto, no hay ninguno que no se pueda mejorar. Y no pocos han sido manejados con mucha eficacia por los manejadores de los pueblos.

Selecciono tres de los dichos que me citáis y de cuya

sabiduría y eficacia educativa dudáis con toda la razón.

1º: "Ese no es mi problema. Ya tengo bastante con lo mío". Si se le enseña a un niño a vivir así se le está marginando de la pertenencia a la humanidad, se le está convirtiendo en un parásito. Se auto-excluye voluntariamente de la fraternidad entre los hombres. Se le vacuna de una manera definitiva contra toda solidaridad y se le mata de raíz la posibilidad de todo amor que merezca ese nombre.

Más bien la verdad es la contraria, la de otro dicho que suena a "Nada humano me es extraño". Lo que vive cualquier ser humano, por ser él y yo humanos, también es mi problema.

2º: "Esto no hay quien lo aguante: que lo aguante Rita". Es la voz de los que no quieren asumir los costos de lo que vale, el lograr las cosas con el esfuerzo propio y que sean los demás los que se esfuerzen para disfrutar nosotros de los beneficios de su

esfuerzo. Es la manera más eficaz de fabricar egoístas y parásitos. Y en la juventud de nuestros días se encuentran demasiados ejemplares de este tipo de planteamiento.

3º: "Que gane el mejor". Vale como deseo de objetividad, en las cosas que se pueden definir como mejores: logros de marcas en deportes. Pero tiene de malo el confundir el mejor aplicado a los resultados y el mejor aplicado a las personas. Y

¿Qué actitud tomamos con los nunca ganadores? ¿Por qué nos obligan a llamar peores a los que no ganan? Esa frase nunca es lenguaje de solidaridad, sólo lo es de competitividad. El que fracasa no tiene por qué ser peor persona que el que gana. Y tampoco el que sufre. O el que tiene disminuciones físicas o psíquicas. Identificar éxito al competir con calidad humana de las personas no me parece una buena manera de educar a los hijos.